ANTE LA IDOLATRÍA DEL EGO EL MISTERIO DE LA COMUNIÓN

-P.Prisciliano Hernández Chávez, CORC.

Es impactante el título de una de las obras de Sartre “El Otro es el Infierno para Mí”; ¿quién puede vivir con esa actitud, de antemano de cerrazón del corazón, negando esa orientación esencial de toda persona humana, que es la alteridad? Quizá se llegó a esa situación por experiencias dolorosas que llevan a tener la afectividad dañada. Es similar el caso de los que viven la idolatría del ego, pero de modo contrario; ese idólatra de sí mismo es un infierno insoportable para los demás. Por su soberbia, quien tiene la conciencia de la propia excelencia con el menosprecio de los demás, como lo dice santo Tomás de Aquino. Así se podrían enumerar diversos vicios que rompen la unidad y la comunión entre los seres humanos: la avaricia, cuyo dios es el dinero, y no le importan los negocios lacerantes, de tranzar para avanzar. Qué triste. La vanidad de quien se considera el centro de la vida y de las reuniones que necesita el espejito mágico de las aprobaciones o el mítico Narciso que emerge de las entrañas de su infraego. En el fondo es la pretensión siempre fallida de hacer dios, a la pobre criatura humana. Esa es el proyecto de Babel: hacer la torre que nos lleve al cielo para ser como Dios. Vieja conseja que termina en señalamientos y en confusiones. Muchos caen en el bache del poder y del dinero y pretenden erigirse por la mentira en dioses del Olimpo. La historia de la humanidad nos da cuenta de estos fracasados cuyo límite fue su propia tumba. Al final esa cerrazón en sí mismo por diversos motivos, termina sin conocer a Dios, sin comprender a los demás y vivir en sí mismo el más pavoroso sin sentido. San Irineo de Lyón decía que el hombre está compuesto de cuerpo-sóma, alma-psijé y Espíritu Santo-pneuma hagion. El cuerpo es una dimensión sometida al espacio y al tiempo y a muchas funciones; el alma, diríamos se actualiza en sus potencia intelectual, volitiva, afectiva. Lo más desconocido el Espíritu Santo, como dinamismo , que permite la autorrealización de la Iglesia como sacramento universal de salvación a través de la sacramentalidad; pero el dinamismo interior, es verdaderamente transformante. Es el dulce huésped del alma; alma de la propia alma, que nos libera de las ideologizaciones del futuro inmanentista y nos abre perennemente a la trascendencia de la apertura al otro y a los otros para crear comunión. Es la “claridad para ver a Jesus”, para que su pensamiento sea nuestro pensamiento, nuestro amor su amor operativo en nosotros. Con y por el Espíritu Santo se puede vivir la dimensión perdida de lo vital. Se puede ir más allá de lo logikós-lógico, hacia lo pneumatikós- hacia lo pnumático- espiritual, que trasciende toda idea en un amor afectivo y efectivo. San Pablo nos dice que “el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz…” (Gál 5,22). Hace posible que exista la alteridad, de modo que el otro sea el cielo para mí y se pueda gozar el nosotros, libres de las fisuras del egoísmo que se disfraza con mil máscaras, para simular su propio vacío. El Espíritu Santo nos sana de las idolatrías del ego y viene a constituir en nosotros ese “élan”-ese impulso benefactor e interior, de comunón y de comunicación.